

JORGE MARCHANT LAZCANO



LA BEATRIZ OVALLE



EDITORIAL RENACIMIENTO

Jorge Marchant Lazcano

LA BEATRIZ OVALLE

o cómo mató usted en mí
toda aspiración arribista

NUEVA NARRATIVA

Director Editorial:
Juan Aldea Vallejos

Jorge Marchant Lazcano

A BEATRIZ OVALLE

o cómo mató usted en mí
toda aspiración arribista



EDITORIAL RENACIMIENTO

MUSEO DE BELLAS ARTES

Agosto de 1972

Los días son todos iguales para una empleada de Banco, pensó esa mañana Francisca Aguayo, nunca pasa nada nuevo, los días son una espera menor de la hora de salida y una espera mayor de los fines de semana que se van tan rápido. Estaba pesimista, estaba cansada (como de costumbre) esa mañana. Como con ganas de no levantarme: una vez una profesora nos dijo en el colegio que si no sabíamos para qué hacíamos las cosas, lo mejor era quedarse en casa. Sin embargo su madre sí lo sabía, y no lo olvidaba y no dejaba que ella lo olvidara.

—No te olvides que este mes sube el teléfono —le decía—, recuerda de pagarlo a tiempo o lo cortarán como el mes pasado. Tu papá pagará este mes el gas y el agua.

—Mi linda —le decía—, hoy en la tarde llega azúcar al Almac, ¿no podrías darme un poco de platita para mandar a alguna de tus hermanas a comprar unos kilitos?

—Los vecinos consiguieron en el mercado negro —le decía— un cajón de detergente. Me venden tres Omos gigantes a precio oficial. ¿Aprovechemos, Francisca?

En esas ocasiones sí que sabía para qué trabajaba

y por qué. ¿Acaso no era entonces mejor ignorarlo? ¿Hacerse la tonta? y preguntárselo nuevamente cada mañana, aun en el invierno cuando la nariz se le ponía roja de frío, porque no le hacía caso al despertador y tenía que tomar el bus hasta el centro si su vecino la dejaba plantada.

El vecino que la llevaba todos los días en su automóvil (salvo cuando prefería quedarse soñando hasta más tarde) le regaló la invitación. Le contó que la exposición era sensacional, fabulosa, que a él lo habían invitado porque como trabajaba en *Olivetti* que la auspiciaba... (se llenaba la boca con eso) pero que no podía ir puesto que al menor de sus chicos tenía que llevarlo al dentista. Agregó que como ella era tan culta, y le gustaba el arte, y se habían hecho tan amigos en esos viajes diarios de quince minutos, podría interesarse en una invitación al Museo de Bellas Artes.

Francisca se bajó en Bandera con Moneda con una sonrisa nueva en los labios y una tarjeta blanca en la cartera. Como todos los días caminó una cuadra hasta la Alameda, pero esa mañana la cuadra se le hizo más corta. Trabajaba desde hacía un año y siete meses en el Banco del Estado, sección Promoción de Ventas de la Gerencia Agrícola, junto a quince personas relativamente jóvenes, de las cuales según decía en su casa, "no se hace una". Bueno, más bien dos. Porque una amiga tenía.

—Vamos a la tarde a una inauguración sensacional en el Museo de Bellas Artes —le gritó desde su máquina de escribir. Miró bien hacia todos los lados para ver si estaban pendientes de ella—. Invitaron al papá pero él no puede ir, ¿te ubicas?

Después no sabía por qué sus compañeros comunistas le hacían la vida imposible. Ellos decían que Francisca Aguayo los provocaba y por eso pegaban todos los días frente a su escritorio el chiste del *Enano Maldito* que aparecía en el diario "Puro Chile" con cochinadas como *a las momias les gusta por el chico...* Le decían *burguesita, hijita de su papá*. Le decían que no sabían por qué trabajaban *las ricas*.

—Se pasan de rotos —comentaba Francisca con su amiga—, ¿pero que nos traten de ricas como en un insulto?... Yo nunca he visto que ser rico sea un delito...

Cuando estaban en la buena, almorzaban todos juntos en el Casino, y hasta chistes hacían sin meter la política de por medio. Una vez un socialista trató de tirársele al dulce en un ascensor solitario, y la atracó a medias, corriéndole mano, entre el tercer y el noveno piso del Banco. Francisca lloró toda la tarde sin decirle nada a nadie (el socialista le contó a sus compañeros que se había culiado a una momia bastante potable y que ésta no había ni chistado). En aquella ocasión pensó en retirarse del Banco, pero después de conversar con su mamá sobre el asunto (ella esgrimió argumentos más reales que la moralidad, como los gastos de las dos hermanas que aún permanecían en el colegio), decidió sólo conseguir una licencia médica por dos semanas.

Es el destino, pensaba Francisca, siempre pagamos justos por pecadores: si mi padre no se hubiese arruinado, yo sería ahora como *ellas*, que se mantienen dignas contra viento y marea, con revolución y mercado negro, con unidad popular y vía chilena al socialismo, con rotos alzados y dirigentes gremiales, ellas, mis

queridas compañeras de la infancia, Carola Zegers que salió retratada en "El Mercurio" cuando se casó, Uca Grez que la entrevistaron en el "Vanidades" cuando hizo una exposición de cuadros en Miami...

.....

y Beatriz Ovalle, que ni siquiera me invitó a la ceremonia religiosa, la muy desgraciada, y yo que la invité en Con-Con. Pero claro, ella en el fondo no es más que un punto negro, un lunar entre medio de NOSOTRAS: porque por mucho que lo hayan ocultado TODO EL MUNDO SABE QUE ANDRÉS MUNITA ES UN HOMBRE SEPARADO. Y ella, ¿no se decía tan católica en el colegio? Y para colmo poco patriota: los abandonaba, se iban, los muy gusanos (como les dicen los comunistas) a Europa, y hasta en el diario lo habían puesto, como para sacarle pica a los que no podían abandonar el país. Ella no podía negar que le daba envidia, más aun cuando en su casa no se podía tocar el tema porque su padre se molestaba cuando hablaban de viajes y de pasado, y porque su madre estaba demasiado ocupada en sus pedidos de costura como para ponerse a envidiar a las antiguas amistades que se iban a Buenos Aires o a Madrid.

Y del corazón para qué hablar. Porque cuando vienen las malas, siempre llegan acompañadas. Ese invierno no pololeaba. El invierno pasado también había estado sola. La verdad es que no recordaba cuándo había sido la última vez en que se pudo sentir realmente feliz. En todo caso era el orgullo el que le dictaba así, porque si se trataba de desnudarse tenía que reconocer que sí sabía cuál había sido su última oportunidad de amar: Ismael. El amigo de Beatriz

Ovalle, el muchacho sincero que les decía las cosas tal cual eran, y al cual Beatriz dejara plantado por su repentino amor por Sergio Yrarrázaval. Ella estuvo allí cuando Ismael se quedó (chupándose el dedo) con las manos cargadas de acciones y deseos. Terminaba entonces el colegio y Francisca creyó que con Ismael podría recuperar toda la alegría que había ido perdiendo en su hogar. No puede negar que fue feliz. Pero era una felicidad contradictoria: por una parte lo tenía a él, por otra, su familia perdía cada día una conquista antigua, y se marchitaban todos en esos veranos sin playa, en esas vajillas que ya no secaban empleadas, en esas planchas que había que empuñar para ser decentes por sus propias manos. A Ismael eso no le importaba y la verdadera causa de esa indiferencia ante el drama doméstico les arruinó el romance mucho después, Allende ya era presidente; entonces fue cuando Ismael proclamó a los cuatro vientos que había que colaborar, que ya no era como antes, que si no le ponían empeño todos, la revolución fracasaría y su costo sería muy alto, decía que él era católico y no marxista, pero eso nadie se lo creyó, ni Francisca que siguió con él porque tenía miedo de quedarse sola, pero siempre presintiendo que faltaba muy poco para que todo muriera definitivamente. Lo seguía hasta en las marchas populares, porque él se lo pedía con un entusiasmo que llegaba a dar pena; lo seguía siempre quejándose, pero Ismael parecía estar demasiado interesado en los discursos como para hacerle caso, *que ese roto me está mirando feo*, demasiado alegre con las multitudes que se formaban, *que me va a dar fatiga*, *que me duelen los pies*, demasiado ocupado con su cartel

LA CULTURA PARA EL PUEBLO, *que ya vomito con el olor de esa vieja.*

Tuvo que decir con lágrimas, gritárselo para poderlo creer, que a Ismael lo habían concientizado, que le habían lavado el cerebro.

—Si quieres dedicarle todo tu tiempo al pueblo, búscate una rota bien hedionda por polola. Una que aguante todas tus estupideces. ¡¡Yo no te soporto más!!

Y terminó su romance. Su única historia de amor. Se acababan los años del amor para ella. Y empezaban los años de la rutina, del cansancio, de la ansiedad. Y por eso alguna vez no se levantó cuando sonó el despertador: mejor perder el automóvil del vecino que los recuerdos ensoñados de la juventud verdadera, la que habría deseado poseer eternamente, aquella de los veranos en Con-Con, la del grupo de muchachas bonitas del colegio, y por qué no pensarlo, la de la amistad con Beatriz Ovalle, cuando ambas eran iguales.

Y de pronto esta invitación que la colocaba en el rol de la Cenicienta. Pero una Cenicienta como la Audrey Hepburn, pensó Francisca Aguayo.

Las ilusiones no cesaron durante todo el día. El largo día bancario antes de enfrentarse con ese mundo fascinante del Museo de Bellas Artes y sus exposiciones extranjeras. ¿Cómo sería todo aquello? Se lo preguntó una y mil veces mientras despachaba expedientes y préstamos para abonos agrícolas. Odia-ba el campo desde que no le pertenecía: parecía una burla, ella, ella, una hija de expropiados, trabajando para los expropiadores. Claro que el campo no le habría arreglado su situación en esos momentos, cuan-

do tenía que pensar en cosas artísticas, espirituales, culturales. Debía buscar temas para la noche por si se encontraba con algún antiguo conocido. A la hora de almuerzo todos repararon en su silencio fuera de lo común.

—Qué le pasa, Francisquita —comentó un comunista muy antipático—, a usted que siempre le gusta estar carrileando...

“Dalí es un exhibicionista”, pensó Francisca.

—A lo mejor está enamorada —agregó el socialista del atraque.

“En el fondo los murales de la Brigada Ramona Parra no son tan atroces”, pensó Francisca.

—A ver cuenta la firme... —murmuró un radical con la boca llena.

“A mí me encanta Renoir. En la casa tenemos una copia muy buena del *Moulin de la Galette* que los papás compraron en París”, pensó Francisca.

—Nada —exclamó de improviso, como saliendo de un sueño—, no me pasa nada. Es que estoy pensando qué me pondré a la tarde. Estoy invitada al Museo de Bellas Artes.

Fue con el mismo vestido del día. Total en pleno invierno no hay necesidad de sacarse el abrigo, y el que llevaba era bastante elegantito: le quedaban aún dos cuotas para terminar de pagarlo. Antes de entrar al Museo tuvo miedo. Eran tantos automóviles a la puerta, tanta luz, tanta cámara de televisión (a lo mejor salgo en el noticiero de la noche), y también tantos años de ausencia, de silencio (va a ser como en la película “Hello Dolly” cuando la Barbra Streisand vuelve al restaurant). Además la presencia de

su compañera la incomodaba. Había sido un error invitarla. Su amiga caminaba demasiado apegada a ella, como temerosa de perderse (claro que por otro lado era mejor: si no hubiera nadie conocido plancharía sin ella).

Bajaron por una angosta escalera y desembocaron en un amplio vestíbulo desde donde se dominaba esa grandiosa sala "Matta" que ella no conocía. Sí. En la televisión habían entrevistado al Director del Museo cuando la ampliación había terminado. Ése era el resultado.

—Qué lujo —dijo su amiga. Y Francisca se arrepintió definitivamente de haberla invitado.

—Ay, yo no sé —comentó ella— yo la encuentro como tan fría, como tan geométrica. Me quedo con los museos europeos...

Allí estaban todos esperándola. Con música de fondo (como en las películas), gente hermosa, gente extravagante, gente elegante. Allí no entraba la revolución, ni los rotos con carteles, ni las viejas con olor a empanada. Sólo risitas, y copas de champagne, y esos muebles italianos todos blancos, puros, tan modernos y juveniles (y hasta parecían elegantes a pesar de ser hechos en plástico) y absolutamente indicados para que ella, Francisca Aguayo, se sentara en un modelo "Carlota" de Afra y Tobia Scarpa, para que ella comiera en un servicio de mesa "Pomona" de Giuliana Gramigna, y se echara sobre un tapiz "Algeria" de Renata Bonfante, y bañarse en una tina de Achille Castiglioni, y beber eternamente en una copa "Partenón" de Sergio Asti.

Sí. Ésa era la vida. La única posible y real. Lo demás era pesadilla y broma de pésimo gusto para ha-

cerla sentir angustiada y rencorosa. Pero tenía que reconocer que vivía en medio de esa pesadilla, y su ansiada vida real se esfumaba con su propia condición de empleada bancaria: hay que soñar en que es la noche en el palacio y que después todo volverá a ser como de costumbre, tomar micro helada de frío, ver televisión, levantarse a las siete para alcanzar al vecino. Todos los días.

—Yo pensaba que las exposiciones eran nada más que para mostrar cuadros —comentó extrañada su amiga observando las máquinas de coser “Mirella”—. ¡Cómo cambian los tiempos! ¡Qué prácticos son ahora los museos! Yo me acuerdo en mis tiempos, ¿tú viste la exposición “De Cezanne a Miró”? A nosotros nos llevaron del colegio a verla.

A ella también la habían llevado del colegio. Claro que no olvidaba la exposición “De Cezanne a Miró”. ¿Cómo podría olvidar nada del pasado? Y también recordó que todos los años, hacía muchos años, la familia recibía un palco completo para la Exposición de Animales en la Quinta Normal.

Caminaron en silencio algunos segundos. Más bien se desplazaron suavemente entre la multitud. Ningún rostro salía a su paso. Es que no queda ya nadie de la *gente bien* antigua, o es que tengo que seguir, seguir buscando, tanteando en la oscuridad hasta encontrar, encontrar algo... algo... Entonces sucedió aquello... ¿qué, no es él?... ¿qué, no es Max?

—¿Tú no te enojas Pancha si yo me voy? ¿Sabes lo que pasa? Es que se me olvidó avisar en la casa y comemos tan temprano, y después mi mamy se preocupa, además que no le gusta prender la cocina dos veces porque se gasta tanto gas, y la locomoción

se pone muy mala de noche para mi barrio, y además ando con el pelo sucio...

(Me carga que me digan Pancha y no siento su beso ni su hasta mañana, porque tengo la vista clavada en ese terno negro que gesticula y me dice que lo que lleva debajo es parte de mi pasado, es Max Mardones, es el amigo de la Beatriz Ovalle, es una mano que ahora me saluda, son dos cabezas más que me miran, son tres muchachos que me esperan y sonríen, y ríen y ríen, y sé tan bien que no estoy soñando)

MAX. — ¡La Francisca Aguayo! Pero qué tiempo sin verte. ¿Dónde te habías metido?

(Qué amoroso, cómo me besa)

FRANCISCA. — ¡Qué sorpresa y qué gusto encontrarte! La verdad es que hace siglos que no te veía. Tú estás igual a la última vez que te vi.

(Se ve regio con este terno negro de terciopelo que el otro día vi en la vitrina de "La Maison")

MAX. — Tú estás un poco más delgada, pero te ves regia. Ah, oye, unos amigos. Cristián Martinelli y Bobby del Fierro... Francisca Aguayo.

(Los dos son bien dijés. Y tan a la moda)

CRISTIÁN. — Tu nombre me suena. No sé por qué me tinca que te conozco.

FRANCISCA. — ¡¡No te lo puedo creer!! ¿De dónde?

(Me encantó este tipo. Parece que pinché)

CRISTIÁN. — ¿No eres amiga de la Beatriz Ovalle?

FRANCISCA. — Es decir, ¡uña y mugre!

(Cómo no iba a salir ella, la linda)

MAX. — Así que sigues amiga de la Beatriz. Yo juraba que ustedes habrían peleado.

CRISTIÁN. — ¿Y has sabido algo de ella?

(Ahora les va a dar por hablar de la Beatriz y qué sé yo de esa imbécil)

FRANCISCA. — Mira, la verdad es que desde que se casó no nos vemos mucho... Se puso de lo más aseñorada.

BOBBY. — Es que es tan plomo.

(Menos mal que habló Bobby. Qué nombre más de perro tiene el pobre. Y es hartito cargante. Me mira de arriba abajo como buscándome un pero)

MAX. — ¿Y tú te casaste? ¿Estás de novia?

FRANCISCA. — No, ¿y tú?

MAX. — El día que me case se va a enterar todo Santiago.

(¿Y ahora qué les dio por reírse? No le encuentro el chiste)

BOBBY. — Esto está hecho una lata. Yo como que me voy.

(Si ya sabía yo que el Bobby era un antipático. Pero por un lado mejor. Así me quedo con Max y Cristián. Después se va Max...)

CRISTIÁN. — Espérate un poco.

BOBBY. — No. No espero. Me voy. Bye bye a todos. Adiós, linda.

(Qué divertido, el Cristián se puso colorado, como enrabiado)

CRISTIÁN. — ¡Espérate, te digo!

BOBBY. — Te espero en el auto.

(¡Qué fresco! Nadie le ha ofrecido el auto)

MAX. — Déjalo, Cristián, tú sabes muy bien cómo es... oye, Francisca, ¿y a qué te has dedicado todo este tiempo?

(¿Por qué este cambio tan brusco de tema?)

FRANCISCA. — ¿Yo? Bueno... tú sabes... la casa, Vi-

ña... el fundo lo expropiaron. Ganas no nos faltan de irnos del país, especialmente ahora que a los papás sólo les quedan 4 hijos solteros. Los mayores se casaron todos y formaron sus propias familias...

CRISTIÁN. — Me van a perdonar, pero yo me voy. Gusto de verte, Francisca... Adiós, Max, pasa más tarde por el departamento.

(Qué beso más fome y desabrido me ha dado. Y ni siquiera me pidió el teléfono, y a mí no me invitó a su departamento. No sé por qué me tinca que fue Bobby quien echó a perder todo. Bueno, me queda Max. Después de todo no hay como los amigos de verdad)

FRANCISCA. — ¿Sabes? Qué pesado es Bobby. ¿Es muy amigo tuyo?

MAX. — ¿Qué?

(Éste está en la luna)

FRANCISCA. — Te preguntaba a qué te dedicas tú. Me imagino que ya eres abogado.

MAX. — Bueno, al final me cabrié de las leyes. La encontré una carrera poco imaginativa. No era para mí... Ahora trabajo en una boutique masculina.

FRANCISCA. — Ah, qué lindo, diseño.

MAX. — Más bien atiendo. ¡Es lo más entretenido y variado! Trabajo con Sergio Yrarrázaval, ¿te acuerdas de él? Pololeó con la Beatriz Ovalle. Él es el dueño de la tienda y además diseñador. A veces yo le ayudo en el diseño. ¡Nos va regio!

FRANCISCA. — ¡Así que con Sergio Irarrázaval! ¡Y él es el dueño de la boutique! Pero qué chico es el mundo Max. Al final siempre terminamos juntos. ¿Y cómo está Sergio? ¡Qué ganas de verlo!

MAX. — Igual de tranquilo que cuando pololeaba con la Beatriz. Ya ni equitación hace, y la moto la

vendió hace montones de tiempo. ¿Sabes? Siempre nos acordamos de ella. ¿Dónde está?

(Cárgale machuca con la Beatriz)

FRANCISCA. — ¿Dónde está quién?

MAX. — La Beatriz pues, linda.

FRANCISCA. — ¡Cómo! ¿Qué, ya no te ves con ella?

MAX. — ¿Qué, no te contó de la pelea de nosotros?

(Hazte la tonta, Francisca Aguayo)

FRANCISCA. — Ay, Max, tú sabes lo reservada que es para sus cosas la Beatriz. No me contó nunca de ninguna pelea.

MAX. — Es una historia muy vieja. Fue cuando yo estaba estudiando en Viña, antes que la Beatriz se casara. En el fondo fue una especie de broma pero ella no lo entendió así. Resulta que yo me hice íntimo amigo en el puerto de una especie de putita intelectual. Se llama Tina, era muy chora, no la he vuelto a ver. Conversábamos montones con la Tina y yo le contaba cosas de mi grupo y por ahí salió la historia de la Beatriz que me mandaba unas cartas espantosas diciéndome que se iba a condenar si se casaba con Andrés Munita. A la Tina se le ocurrió escribirle, ¡imagínate! para la risa, una especie de anónimo aconsejándola para que se acostara de una vez por todas con Andrés. ¡Tú comprendes que nadie en su sano juicio le haría caso a la broma de una puta! Pero la Beatriz no entendió ninguna de mis razones y me dijo que no quería verme más, y me trató de maricón, ¿te ubicas?, de maricón, y que todos los hombres éramos eso: unos maricones. Por ese tiempo peleó además con Sergio. Yo no sé qué le bajó contra los hombres. El único que se salvaba era su Andrés.

FRANCISCA. — Es que para qué vamos a estar con cosas: la Beatriz siempre fue medio rara. Mira que hacerte eso a ti, y a mí no contarme nada.

MAX. — No sé cómo la aguantas. ¡Es tan arribista! Tú no sabes lo que me ha contado de ella Sergio.

(No quiero hablar más de ella. No quisiera oír nunca más su nombre. Sólo deseo irme de esta horrible exposición donde todos parecieran indicarme con el dedo. Irme con Max aunque cada segundo se me hace más irreconocible, más extraño. ¿Serán como él todos los jóvenes que ya no frecuento? ¿O es que ya, sencillamente, sólo reconoceré a los hombres en un empleado bancario?... No... No puede ser... pero si es él, es Ismael, Ismael)

FRANCISCA. — ¿No saludas ya, Ismael?

(Estás más lindo que nunca. Los años y la UP no han hecho más que embellecerte. Quizás estaría dispuesta hasta a compartirte con los rotos. Nunca debí dejarte. Max, puedes irte. No me aporé problemas más)

ISMAEL. — Doña Francisca Aguayo en exposiciones. Y este interés por el arte, ¿desde cuándo?

(Y este pesotilla de Max no se mueve)

FRANCISCA. — Ay lindo, desde siempre... por algo pololié con un "futuro arquitecto". Ay, se me olvidaba... oye, Max Mardones.

MAX. — Encantado.

(Qué tienes que encantarte tú. Muévete, ándate)

ISMAEL. — Parece que estás atrasada de noticias. Dejé la arquitectura por la pintura. El mes pasado expuse en *Campus* junto a varios artistas jóvenes. De haber sabido tu interés te habría invitado.

MAX. — Yo siempre voy a ver las exposiciones de *Campus*. Trabajo a la vuelta, en Providencia.

ISMAEL. — Te interesa la pintura...

MAX. — Montones. A veces pinto. También escribo poemas.

FRANCISCA. — Pero tú, Max, eres un hombre múltiple.

ISMAEL. — ¿Sí? ¿Por qué?

FRANCISCA. — Porque además trabaja en una boutique y estudió derecho.

(Listo, te cagué)

ISMAEL. — ¿Tú sigues en el Banco del Estado?

FRANCISCA. — Me imagino que estarás feliz con todos los horrores que están pasando en Chile...

(Qué he dicho. Qué he dicho. Siento la cara hirviendo, quiero arrancar. Nos estamos agrediendo a dos segundos de habernos encontrado)

MAX. — ¿Eres de izquierda?

ISMAEL. — Preferiría no hablar de eso.

(Tan serio que te pusiste, Ismael. Como si Max al hacerse esa pregunta hubiese entrado a un terreno que no nos corresponde. Y Max, qué extraño, insiste en acapararte)

MAX. — A mí me interesan los cambios y todo eso, tú sabes. No se puede negar que ahora hay vida cultural en Santiago. ¿Fuiste al festival de cine polaco? ¿Y al último recital de los Quilapayún?

(A no ser que Max... pero claro, cómo pude ser tan tonta... Cristián y Bobby... la rabieta, el auto y el departamento... Y Sergio, Sergio Yrarrázaval con Max. Claro como el agua. Si la Beatriz supiera con quién pololeó)

ISMAEL. — ¿Ustedes andan juntos?

FRANCISCA. — No, fíjate, Cristián Martinelli te está

esperando Max. Ay, Ismael, ¿me podrías acompañar hasta mi casa? ¿Andas en auto?

(Trágate ésta, maricón)

ISMAEL. — La misma citroneta de siempre. Espérate... voy a buscar a mi compañera. Quiero que la conozcas. Después podemos irnos. ¿Te vas con nosotros, Max?

MAX. — No, gracias... Voy muy cerca.

ISMAEL. — Chao entonces.

MAX. — Adiós.

(¿Quién está perdiendo más, él o yo?)

MAX. — Simpático tu amigo, Francisca. Qué lástima para ti que ande acompañado porque se te nota que todavía te gusta... Bueno, amorosa, yo me voy. Esto ya no tiene ningún brillo. Me gustaría que nos viéramos alguna vez ¿te parece?, llámame, yo estoy toda la tarde en la tienda. El teléfono sale en la Guía a nombre de Sergio...

.....

(Espérate sentado que te voy a llamar, cargante, vanidoso, pesote, maricón... y eras tan amoroso antes. Pero ahora eres un antipático, creído, sobrado... y yo diría que estás más buen mozo que antes. ¡Por qué tenías que cambiar tanto! Qué pasó contigo que de un día para otro vuelvo a encontrarte convertido en el monstruo que ahora eres. A lo mejor si me hubieras visto antes, si nuestro encuentro se hubiese producido en otra exposición pero dos años atrás, o tres, cuando todo era normal, todo, nuestras vidas, y esta tierra, y la gente era normal y no fanática como ahora, y se vivía bien... aunque nosotros hace más de dos años que no vivimos bien... y la gente era

feliz y no sufría, y los hombres eran hombres, y no como Max, e Ismdel, Ismael que también ha cambiado y me agredió y se entendió tan bien con el marica de Max, que capaz que si no hubiera estado pololeando con esa chascona que trae ahora para presentarme, se habría ido con él y me hubiera dejado plantada... la revolución les está lavando las hormonas a los hombres en vez de lavarle los cerebros... y Sergio, juraría que anda en líos con Max. No. No puedo entender, no entiendo nada, nada... a lo mejor es Beatriz y no la revolución, ella quien embruja a los hombres que han tenido algo que ver en su vida, porque, claro, los tres fueron algo de ella, y a los tres les dio calabazas, a lo mejor los hombres se transforman por culpa de mujeres como Beatriz Ovalle... pero conmigo no pasaría eso porque yo soy buena, yo sólo quiero amar y no pretendo convertir a un hombre en un ser cruel, violento... y maricón. ¿Y si fueras tú maldita revolución la que tuvieras la culpa? Estoy tan confundida... Y también mi padre, viejo de mierda que tenías que arruinarte, y arruinarnos a todos, él también tiene la culpa... ¡Todos tienen la culpa! Menos yo que al fin y al cabo soy la única víctima... por qué yo... por qué no fue otra, Beatriz Ovalle por ejemplo, que era más fea, y ordinaria, siempre se dijo que era Ovalle de chiripazo, y ahora casada, y quizá dónde, y yo soltera y bancaria, y desilusionada de los hombres, mis compañeros no me gustan, ni los jóvenes de mi clase tampoco... mis compañeros son rotos, son izquierdistas, son marxistas, se visten mal y hablan con la boca llena de comida. ¡No quiero convertirme en la mujer de uno de ellos! No quiero tampoco envejecer en un Banco y

jubilar después de 35 años de trabajo, como doña Laura Becerra que le acaban de dar una despedida... Yo quería ser bonita, siempre bonita, y joven, joven, y rica como me crié, y quería viajar, y quizá casarme con un diplomático, y regodearme, siempre regodearme en todo... ¡Cómo te envidio, Beatriz Ovalle!... maldita, asquerosa, mugrienta, que te introduces en mi grupo de Con-Con... ¡mal agradecida!, dejarme botada a medio camino mientras tú sigues viviendo como una reina, y yo mastico mierda de rabia, sí, MIERDA... quiero irme, tengo que irme porque me voy a poner a llorar y no quiero causar lástima... el aire de la noche me hará bien... me hace bien... caminaré hasta el paradero de micros. Qué extraño debe estar Ismael. Lo dejé plantado sin decir ni un adiós. Así también se olvidará de mí, así me irán olvidando todos. Tengo que llegar luego a casa. A la mamá no le gusta empezar el rosario sin que estemos todos, y hoy como nunca necesito de la oración para decirte a ti, Virgencita, que tienes que ayudarme, porque mis intenciones, las intenciones de la casa, son en el fondo las intenciones de la patria. Lo que quiero es que logres el pequeño milagro de hacerme reír otra vez, con esa risa feliz que perdí hace tan poco... y si no puedo recuperar mi antiguo mundo, permíteme al menos crear otro parecido... Quiero poder llegar a olvidar el odio que siento ahora... odio a Max, a Ismael, a mis compañeros, y especialmente a ti, Beatriz, ¡¡contra ti!! que eres lo que yo hubiera querido ser... Hazme tener fe, Virgencita, como dice la Campaña, fe y esperanza... y el Rosario se convertirá en mi arma deseada)

Campaña del Rosario *

Un grupo de católicos, con el patrocinio de Mons. Alfredo Cifuentes, ha iniciado, a través de todo el país, una Campaña del Rosario destinada a pedir a la Ssma. Virgen María por las necesidades de la patria.

El objeto de la campaña es lograr, por la intercesión de María, la solución de los gravísimos problemas que aquejan a Chile, pues, con fundamento, dichos católicos estiman que esa solución se aleja de las fuerzas naturales de que disponemos los chilenos. Por otra parte, la naturaleza de esos problemas —que son de todos conocidos— exige para su remedio una conversión previa de los individuos: no se puede pretender que el país mejore de su triste estado si antes no hay una rectificación personal de cada uno.

Para ello, el mejor camino es la oración, constante y confiada. Ahora bien, se ha elegido el Santo Rosario, por ser ella la oración preferida de la Ssma. Virgen, dispensadora de todas las gracias divinas y Reina y Madre de nuestra patria.

Además, el Rosario es propiamente un arma; es el arma por excelencia de la civilización cristiana para defender-

* Tomado textualmente de un diario de la época.

se de los asaltos de la barbarie, cualquiera sea la modalidad que esta revista. Así, bajo su amparo se libró la batalla de Lepanto, la cruzada española contra el comunismo el año 1936, etc. La prueba más reciente de su eficacia la constituye el abandono de los territorios austríacos por parte de sus ocupantes, los comunistas del ejército de la Rusia soviética.

Fue algo inusitado, pues jamás los rusos se retiran de propia voluntad de los territorios que han conquistado. Ello se logró gracias a la campaña del Rosario, iniciada por un simple cura de pueblo y a la que se adhirieron más de 750.000 austríacos, muchos de ellos con sus familias. Cabe destacar que los rusos abandonaron Austria el día 13 de mayo de 1955, aniversario de la aparición de la Ssma. Virgen de Fátima.

En resumen, puede decirse que hay razones más que suficientes para esperar éxito en una campaña de esta índole. Lo único que se pide es fe y confianza en la acción de María.